

con tal pasión, con tal fé
 que entró en ansias de admirar
 á aquella hermosa mujer,
 que al nacer todas las gracias
 fueron á besar su sien,
 y sirviendo el mismo amante
 de heraldo, presentó al rey
 á la renombrada dama
 del castillo de Lomers,
 y los dos se enamoraron
 y se comprendieron bien,
 siendo el trovador burlado,
 como ella lo fué después,

Lo que de fijo le dijo
 una vez, cincuenta y cien,
 era que la idolatraba,
 que era fino su querer,
 que su cetro y su corona
 ponía amante á sus piés;

que odiaba á doña María,
 que no la quería bien;
 que el deseado divorcio
 iba muy pronto á obtener,
 y que una vez obtenido,
 con gran pompa y muy cortés,
 le entregaría la mano,
 gloria, fortuna y poder,
 en la bizantina iglesia
 de la Peña de Uruel,
 cuna de la monarquía
 del gran pueblo aragonés.

Y al galante discursillo
 contestó doña Isabel:
 —Gracias, por tanta lisonja,
 no aspira á tan poco un rey.

Francisco Gras y Elías.

Febrero, 1904.



Crónica Artística

LA ÓPERA EN ESPAÑA

Cuantas veces se ha intentado—que no han sido pocas en los últimos cincuenta años—formar un teatro lírico nacional *propio*, otras tantas han resultado fallidos los intentos de sus iniciadores. La labor de maestros compositores escribiendo música con destino á libretos castellanos y catalanes, algunos de los cuales se han tenido que traducir al italiano para poder gozar de los honores de la representación, y los esfuerzos de empresarios decididos y con grandes arrestos esponiendo con mejor intención que fortuna capitales de importancia en tales empeños, no han dado más resultado que haberse impuesto un trabajo impropio los primeros, y perder los segundos bastantes miles de pesetas, sin lograr con ello se adelantara un paso más en el camino de la creación del drama lírico en España. En efecto, no es necesario hacer constar aquí la lista, que resultaría larguísima, de las obras de autores españoles que han venido estrenándose en varios teatros de Madrid y Barcelona y que, de haberse seguido representando, constituirían hoy día algo así como los cimientos del arte lírico que aspiramos poseer, serían los primeros jalones que marcarían el proceso de la creación de la ópera nacional, una y varia: *una*, por responder la suma de trabajo á la persecución de un idéntico y noble fin, por tender los esfuerzos todos á conseguir el ideal de un arte serio, unidad que

debe reinar en toda obra bella; pero además entraría la condición de la *variedad* que la diversidad de regiones que naturalmente constituyen nuestra Península imprimiría en las obras hijas de cada una de aquéllas, el sello particular y sabor propio de cada una de estas regiones distintas.

Por ser muy importante, como queda dicho, el número de estas obras y haberse puesto en escena bastantes de ellas con éxito verdadero, de taquilla como se dice, no cabe duda ninguna que es pueril achacar á falta de trabajo personal de nuestros compositores el no quedar implantada la ópera nacional en España, tal como han conseguido tenerla casi todos los países cultos. Son, pues, de otro orden y muy varias las causas de tal estado de cosas, y en artículos, folletos, libros, conferencias, etc. se ha hablado del asunto aportándose gran cantidad de datos y opiniones por personas autorizadas y se han expuesto á defendido ideas con argumentos de gran peso en favor de la dignificación de nuestra escena lírica, que en los tiempos actuales arrastra una vida misérrima reducida á su última expresión, como que queda limitada al ya tan decantado *género chico*, cuyas obras, escritas las más veces respondiendo á un fin más *industrial* que otra cosa, encierran bien pobrísima cantidad de arte; cuyos libros, repletos de chistes manoseados y retorcidos, dan forma literaria á un argumento de lo más inocente é insubstancial ó intentan deslumbrar al público dócil y sensible de galería; llevándose de calle con efectismos de melodrama trasnochado; en donde los autores

parece se han propuesto, poniendo con el mayor desahogo á los productos de su ingenio el marchamo de *género nacional*, hacer la apología de cierta clase de la sociedad madrileña, del gitano con pretensiones de señorito ilustrado, si se nos permite la frase, del chulo y personajes afines, aún de peor calaña á veces, hablando su *argot* peculiar, cuyo lenguaje no se recomienda ciertamente por castizo, moral y bien hablado.

No hace muchos días disertó en el Ateneo de Madrid sobre este mismo asunto, haciéndose aplaudir con justicia de su auditorio numeroso, el infatigable maestro D. Tomás Bretón, cuya conferencia se ha impreso y publicado ya con el título de «La Opera Nacional y el Teatro Real de Madrid», abogando en su trabajo por que cese ese estado anómalo y degradante, y á este fin propone se canten en castellano las óperas que hasta el presente hay que oír las forzosamente en idioma italiano, desterrando así del teatro Real, una lengua extraña, incomprensible para la inmensa mayoría de espectadores, y con cuyo cambio, saldría ganando á la par la interpretación que á menudo se lleva á cabo por artistas españoles en su mayoría, pues, como dijo muy acertadamente el conferenciante ya en otra ocasión tratando el mismo tema: «como no es posible cantar *ni expresar bien* sin pronunciar correctamente la palabra y comprender claramente su sentido, he aquí por qué, independientemente de toda otra belleza—que siempre será inferior á las condiciones antedichas—no puede haber lengua más clara, más bella, más propia y más expresiva que la que nos enseñó nuestra madre en su regazo, el profesor en la escuela, la que empleamos para elevar á Dios nuestras preces, aquella con la que enamoramos á nuestra compañera, la que enseñamos á nuestros hijos, la que nos acompaña y usamos en todo momento y en todo trance fausto ó adverso, la que forma parte esencial de nuestra propia naturaleza...»

Acerca de la pretendida superioridad que muchas personas instruídas conceden á la lengua italiana, recuerda el citado maestro lo que escribió el Conde de Morphi en cierta ocasión: «En cuanto negar condiciones para el canto á la lengua española, hermana de la italiana, cuando se está cantando en francés, alemán, inglés, ruso, húngaro y bohemio, es cuestión que no se puede tratar sin dudar de la buena fe ó del sentido común del mantenedor de tal absurdo.» En apoyo de la misma tesis citó entre otros el caso de tener que cantar el tenor italiano Lamagno el *Otello* de Verdi en su lengua en el teatro de la Gran Ópera de París, por no poseer bien el francés, al lado de artistas que le cantaban en este último idioma, en cuya representación si se juzgaron excelentes las facultades vocales del célebre tenor,

en cambio, no pasó lo mismo por lo que se refería á la lengua en que cantaba dicho artista la que no llegó á satisfacer á nadie al compararla con la propia.

Cree el autor de «La Dolores», que con la nacionalización en este país, de la ópera universal, de las obras que todos los públicos han sancionado con sus aplausos y con ello la de todo cuanto interviene en su representación, se solucionaría el problema. Así dice: «Se cree que la Ópera Nacional Española es cultivar exclusivamente el repertorio grande ó pequeño de obras compuestas por autores españoles, con asuntos típicos de la tierra ó episodios de su historia, cuya música esté inspirada en los cantos, tonadas y bailes populares? La hipotética definición es tan sugestiva y simpática, que realmente parece á primera vista que ella es el justo concepto del ideal... Sin embargo, no es así; ello es la superficie, no el fondo. —Puede haber una obra que esté de lleno dentro de estas condiciones; pero de un caso particular no ha de inferirse que sean norma y regla á la que hayan de ajustarse las comprendidas en aquella denominación. El arte ó género que se fundara sobre cimientos tan especiales ¡cuán pronto hallaría sus límites...! y la verdadera esencia del Arte es infinita. Si semejante criterio fuera absoluto, no tendríamos Francia por suyas las obras de Lully, Gluck, Piccini, Mayerbeer, Donizetti y otros, estrenadas en París, ni podrían apropiarse á su teatro más que las compuestas por autores franceses. Lo mismo puede decirse de los alemanes é italianos, de daneses, húngaros y bohemios, y en menor escala de ingleses y rusos. En casi todos estos países hay teatros de Ópera nacionales en los que se ejecutan las óperas más famosas, propias y ajenas; y son nacionales en cuanto que, *lengua, principalísimamente*, directores, cantores, músicos, coristas, pintores, bailarinas, comparsas... todos los elementos que intervienen en la representación de una ópera, son del país, y luego, partituras y partes fueron allí mismo y *en la lengua nacional* editadas; todo lo cual pone en circulación capital importantísimo que en el país rueda y gira fecundándolo, despertando en lo intelectual el estímulo de los que sienten y aman el Arte, y esperan brillar en él un día, y en lo material dando vida á numerosa población que allí lo gana y allí lo expende sin apenas tocar en sus fronteras para nada.—Esto es lo que prácticamente debemos entender en España por Ópera Nacional, así se entiende en Francia, así en Italia, en Alemania, en Austria, en Hungría, Escandinavia, Bohemia... Pensar nosotros de diferente manera, es someterse de buen grado á la humillación en que vivimos, y equivale además á dar lecciones de buen gobierno, nosotros que no somos modelo en materia de gobernar, á naciones evidentemente

»más adelantadas que la nuestra, cogiéndonos en »pleno la filosofía de la preciosa fábula «Los tres »infusorios», de mi malogrado amigo Bartrina».

Si lo que el maestro Bretón propone se llevara á la práctica, si esto se llegara á conseguir, el verdadero público, el que va al teatro á saborear las bellezas de las obras puestas en escena y que sigue con interés su representación, no el que, como el mismo conferenciante dice, por llegar siempre tarde «no ha visto nunca el primer acto entero de ninguna »ópera cuya representación haya comenzado á las »ocho y media», emigraría de los teatros donde se da el llamado *género chico*, género que no hay duda quedaría sin vida y olvidado definitivamente y se refugiaría allí donde se cultivara el verdadero arte, porque entonces, ese público indocto que va al teatro de buena fe y sin prejuicios, entendería lo que se cantara en cada una de las obras, cosa que ahora es imposible y tendría lugar de disfruta de las bellezas de esa música educando poco á poco su sentido estético y afinando su percepción artística.

¿Quién sabe si al oír todas las óperas que hoy día forman el repertorio de nuestros grandes teatros líricos en lengua castellana, no se trasparentaría en muchas de ellas todo lo falso y vicioso de su armazón literaria y su endeble construcción musical, defectos que ahora oculta el ropaje de un idioma por el que cierta parte de público siente tan extraordinaria ilusión, y haría tal vez que no volvieran á aparecer en los carteles? Algo de esto he pasado al ser traducidas algunas obras que las compañías italianas de declamación representan consiguiendo llenar el teatro, lo que no ha sucedido luego al ser vertida á nuestro idioma, por haberse así dado cuenta exacta el público de los menores detalles de ellas y ha juzgado por el conocimiento de estos su verdadero valor.

Ese intento de encaminar por iguales ó parecidas sendas á la gran masa, ya se ha hecho en Cataluña varias veces, y los orfeones, las asociaciones musicales (una de las cuales, la «Associació Wagneriana» ha traducido ya concienzudamente varias obras del insigne coloso alemán y conseguido que en el Liceo de Barcelona se cantara el recitativo ó *raconto* de «Lohengrin» en catalán) y el «Teatre Íntim» formado por una juventud modesta, sí, pero discreta, estudiosa y enamorada del arte, trabajando sin desmayos al frente del que va un director tan inteligente como Adrián Gual y poniendo al alcance de todas las clases sociales el medio de conocer el teatro moderno, ha hecho más en el corto tiempo que lleva de vida, que el sin número de compañías extranjeras, con actores y actrices de universal renombre algunas, que desde unos años á esta parte nos han visitado.

No es, ni con mucho, labor infecunda ese trabajo aislado de hormiga que van llevando á cabo esos organismos, al fin y al cabo, es enterrar semilla excelente en un terreno virgen y fecundo, semilla que dentro de plazo más ó menos largo ha de germinar y ofrecer ópimos frutos.

Solo algunos periódicos se han ocupado de este trabajo meritísimo del Sr. Bretón, no toda la gran prensa cuyo concurso con tantas veras solicitaba el incansable maestro—muchos de dichos periódicos no le han dedicado ni una línea—sin duda por qué juzgan de más trascendencia el hacer la reseña de una mala novillada que llena en muchos casos algunas columnas ó el relato del horripilante crimen de última hora con todo lujo de detalles, que el ayudar á la general cultura mirando por el porvenir de nuestra música. Esa prensa que va á la caza de lo más emocionante, que solo busca el aumento de su tirada sin parar mientes en los medios, es, como la gran masa del público que da vida á esta misma prensa y que se titula *opinión*, incapaz de moverse y amparar esa idea; la rutina, la pasividad, la tradicional apatía y el cómodo seguir hoy como ayer, mañana como hoy, es su norma y táctica, igualmente en esta que en las demás cuestiones, tengan ó no importancia: he ahí el dique insuperable que se opone á todo avance.

Así como una disposición dictatorial de un gobernador en favor de la desaparición de los sombreros inmensos que lucían sobre sus cabezas las señoras en las butacas de los teatros, en detrimento de la visualidad de la escena, pudo más que la serie de artículos y gacetillas en los que campeaba la invitación cortés y respetuosa, también en el asunto tratado por Bretón en su conferencia, se conseguiría resultado más próximo y positivo el día que un ministro de Bellas Artes se preocupara de ello y decretara la desaparición del italianismo en un teatro que el Estado español subvenciona con su dinero, imposición de idioma que, si no fuese nueva, sería más racional que otras, por lo menos, y favorecería la general cultura y desenvolvimiento de una de las Bellas Artes.

J. Anguera y Corbella.

Madrid, Febrero, 1904.

CONCURS DE LA «SECCIÓ ARTÍSTICA»

La «Secció Artística» prepara una festa pera'l día de Pascua de Resurrecció la que no dubtem tindrà molt bon éxit y mereixerà l'aprobació de tota la Societat. Se tracta de celebrar en tal día un concurs de *monas* de las que ordinariament se venen en las pastisseries, y de las que essent objecte de mes valor